



degolló á los Nariskin, hermanos de la regente. Sesenta y siete personas respetables perecieron de una manera horrible, y Juan fué aclamado también czar, bajo la tutela de Sofia su hermana. Esta, astuta, y diestra en promover la revolución, se mostró firme en el ejercicio de una autoridad que habia ambicionado, y sostenida por su favorito Galitzin, trató de sustraerse de la onerosa tutela de los Strelitz. Esto fué causa de una nueva sublevación; y el príncipe Khowanski, su jefe, encontrando mal recompensados por la co-regente los servicios que se le habian prestado, se puso á la cabeza de una nueva secta religiosa de los Abakumistas, meditó degollar á los dos czares y apoderarse del gobierno.

Refugiáronse los príncipes en un monasterio; y Pedro, cuyo carácter se habia formado en medio de aquellas turbulencias, llamó allí á Khowanski, y le hizo decapitar con treinta y siete strelitzes que le acompañaban. Los demas strelitzes se dispusieron á la venganza; pero cundió el pavor entre ellos al ver toda la nobleza armarse en defensa de los czares, y pasando la audacia á la cobardía, se presentaron con cuerdas y otros instrumentos de suplicios merecidos, no obteniendo el perdon sino con la condicion de entregar á los agitadores y uno de los suyos por cada diez. Tres mil setecientos, sacados á la suerte de sus filas, se prepararon á morir recibiendo los Sacramentos, se despidieron de sus familias, y con la cuerda al cuello y sin armas se encaminaron al convento, llevando de dos en dos el tajo y un tercero el hacha. Cuando llegaron á la plaza, pusieron en tierra el tajo, apoyaron en él la cabeza, y aguardaron así por espacio de tres horas su suerte. Los czares se contentaron con que se decapitase á treinta, y perdonaron á los demas.

Sofia, aprovechándose de la juventud de Pedro y de la ineptitud de Juan, daba libre rienda á sus caprichos: dicese que ella misma introdujo al primero en una compañía de jóvenes libertinos; y aún concediendo que fuese denigrada quizá más de lo que merecia por el partido triunfante, no cabe duda de que era muy ambiciosa y que tenia extensas relaciones. Logró también aumentar el territorio, adquiriendo á Smolensko, la Siberia, Chernicof,

la pequeña Rusia, en la orilla izquierda del Dnieper, Kief, en la orilla derecha, y el país de los cosacos zaporogos, prometiendo en cambio que se uniría á Suecia y Polonia contra la Turquía, pero Galitzin, que le daba prudentes consejos con respecto á las medidas que debia adoptar durante la paz, dirigió mal las operaciones militares, perdió el ejército, y se vió obligado á retirarse. Entre tanto crecia Pedro, y ya sus diversiones anunciaban su futuro poder. Salió vencedor de la prueba de los vicios á que se le expuso, y los jóvenes extranjeros de que se le rodeó para corromperle, excitaron su imaginación con el relato de empresas extraordinarias. El ginebrino Francisco Jacobo Lefort, á quien habian sucedido las aventuras más singulares mientras recorria la Europa de un extremo á otro, viendo mucho, siendo capaz de ver bien, y no debiendo más que á sí mismo sus conocimientos, su osadía y su fortuna, ganó la confianza de Pedro, que le colocó al frente de cincuenta jóvenes de su edad, con los cuales aprendió los ejercicios militares, y se ensayó en el servicio sin distinguirse en nada de los demas. Se ambicionó como un honor el entrar en clase de compañero (*poteschnoi*) en aquella tropa, que llegó á ser el núcleo de los regimientos de la guardia. En medio de la desenfadada licencia de aquellos jóvenes, Pedro y Lefort espianaban con atenta mirada el momento de arrebatar el poder á Sofia, irritados de que hubiese tomado el título de soberana, inscribiendo su nombre en todas las actas y en las monedas, y aspirando á la dominación absoluta. Recelosa Sofia de los proyectos que tramaba, trató de prevenirlos; y Thegtwitoi, jefe de los strelitzes, fuese por su orden ó para atraerla á su partido, se propuso dar muerte á Pedro, como también á su mujer, á la madre y á la hermana de este príncipe. A lo ménos, tal fué la noticia que circuló; y Pedro, habiéndose dirigido al convento de la Trinidad con sus *poteschnoi*, convocó á los boyardos, descubrió la trama, desterró á Galitzin, obligó á Sofia á que se entrase monja, y quedó como señor único del imperio, aunque Juan, czar meramente en el título, sobrevivió aún algunos años.

Aquí se abre la nueva era de la Rusia.

CAPÍTULO XIX

Pedro el Grande y Cárlos XII

Encontrábase Pedro á la edad de diez y siete años, al frente de la monarquía más vasta de Europa, cuyo territorio se extendia desde Arkangel hasta el mar de Azof, con un pueblo toscos, pero unido, y con grandes que eran esclavos. Le faltaban costumbres y educación; pero Lefort, en medio de las orgías, le inspiraba con sus relaciones de aventuras el deseo de regenerar la nación. Inútil es buscar aquí un proyecto filosófico, producto del conocimiento de las causas. Al ver los tristes efectos de la barbarie indígena, pensó remediarla, no corrigiendo al país poco á poco, sino haciéndole de golpe europeo, introduciéndole un ingerto extranjero, sin cuidarse de si este ingerto, al morir él, dejaria más enfermo el trono.

El grito de guerra de la Rusia parece haber sido desde el principio: *Dadme agua, que tierra tengo*. Habiendo hecho construir Pedro algunos barcos, se ejercitaba en maniobrar con ellos en el lago de Pereslaf, cerca del monasterio que habitaba: juego de niños que tomó luego un carácter serio, así como sus cincuenta camaradas se convirtieron en doce mil guerreros. Despues de nombrar general á Lefort, que no habia mandado nunca, le concedió también el empleo de almirante de la escuadra, que no sólo no existia, sino que ni siquiera tenia nombre en aquella lengua, y por primera vez vió el Mar Blanco sobre sus olas, á un monarca ruso. Pidiendo enseguida á la Alemania y á la Holanda ingenieros, barcos y artillería,

obligando á los ricos y á los prelados á proporcionarle los medios necesarios, hizo construir buques en Venecia y en Holanda; se apoderó de Azof, base de sus proyectos, la fortificó, y entró en Moscou con el fausto de un antiguo romano, para inspirar, además del amor á la gloria, la idea de la superioridad. Entre tanto, enviaba jóvenes á Alemania, Holanda é Italia, á aprender las costumbres y artes de los pueblos civilizados; quiso también adquirir estos conocimientos, cuya necesidad conocia, y confiando la regencia al boyardo Teodoro Romanodowski, viajó de incógnito. En los talleres de Saardam y de Deptford trabajaba confundido con los obreros por su actividad en el trabajo y sus vicios; en Amsterdam trató de proporcionarse nociones de anatomía é historia natural; examinó en Londres la constitucion civil y eclesiástica, admirando la libertad de cultos, las salas de armas y del Parlamento, pero sobre todo, la marina; y en todas partes persuadia con promesas á hábiles obreros para que le siguiesen á Rusia. Vió también á Cléveris, Dresde y Viena, dándosele en esta última ciudad una fiesta en que el emperador y la emperatriz, vestidos de huéspedes, servian á la mesa á personas enmascaradas, de todos los países y todas clases. Dirigiase á Italia cuando fué llamado á Rusia.

Una vez acostumbrados los labios á beber en la copa del poder, es difícil que se sacien. Sofia, que no habia renunciado nunca á lo es-



peranza de dominar, ni á las intrigas encaminadas á tal objeto, aprovechó la ausencia del czar para sublevar de nuevo á los strelitzes, que sin embargo, fueron vencidos; y Pedro, no bien llegó, hizo procesar á los prisioneros rebeldes, de los cuales, dos mil fueron ahorcados y cinco mil decapitados; él mismo derribó centenares de cabezas, y las restantes cayeron bajo la cuchilla de señores de elevada categoría, que se sospechaba estaban de inteligencia con los amotinados; se ordenaba á treinta, cincuenta y hasta cien desgraciados arrojarlos á un tajo boca abajo, y colocar la cabeza en un tajo de una longitud proporcionada al número, hiriéndolos el hacha uno tras otro. No pudiendo, ó no atreviéndose á condenar á su hermana, hizo ahorcar al pié de las ventanas de ésta á tres rebeldes, cuyos cadáveres permanecieron allí todo el invierno, teniendo en la mano las peticiones que habian dirigido á la princesa. Probablemente entonces fué cuando instituyó ó resucitó la Cancillería secreta, terrible tribunal inquisitorial, que duró hasta 1762. Repudió á Eudoxia Federowna, su esposa, porque manifestaba horror á aquellas mantanzas.

Semejante hombre, no podía menos de desear la guerra para recuperar los países arrebatados á sus predecesores, y que le impedian extenderse por el Báltico. Encontróse, pues, enemigo natural de la Suecia, y aliado del que fuese á ésta hostil.

En la memoria de los hombres se hallan unidos los nombres de Carlos XII y Pedro el Grande, rodeados de algo novelesco y teatral, en discordancia con la marcha positiva que habia adoptado la sociedad. Los dos eran de un carácter extraordinario, el uno encontraba el trono consolidado por su padre, con un tesoro bien provisto, una buena escuadra, un ejército excelente, y no necesitó siquiera recurrir á los delitos que naturalmente le repugnaban: el otro adquirió el suyo, libertándolo sanguinariamente de los muchos obstáculos que se oponían á su marcha, sin haberle detenido nunca un pensamiento humano; Pedro se dirigía por cálculo á un objeto bien meditado; Carlos se lanzaba en pos de una pasión dominante; las

victorias infundieron á éste una loca osadía, las derrotas enseñaron á aquél á vencer; el monarca ruso estableció la grandeza de su país, el monarca sueco arruinó la del suyo.

Carlos XII fué educado en las ideas religiosas, que forman el carácter de su casa; su madre dedicó poco esmero al cultivo de su inteligencia y mucho á desarrollar el vigor de su cuerpo. Su padre le inclinó á los ejercicios militares, y á conocer la constitucion del país, inspirándole un alto sentimiento de la prerogativa real. Carlos cobró afición á las matemáticas, emprendió varios viajes; y amaba la caza, especialmente la que ofrecia más peligro. Habiéndose hecho declarar mayor de edad antes de tener los años indispensables al efecto, cuando el obispo de Upsal extendió la corona para colocarla en su cabeza, él la tomó y se la puso por sí mismo.

La paz de Ryswick habia apagado el humor belicoso de los reyes de Europa; pero previniéndose inminente una guerra promovida por la sucesion al trono de España, se multiplicaban las intrigas á fin de proporcionarse aliados, y Carlos recibió proposiciones de la Inglaterra, de los Estados Generales, de Luis XIV, que aún recordaba á Gustavo Adolfo. Entre tanto sus vecinos, juzgándole un joven aturdido, creyeron favorable el momento para indemnizarse de las pérdidas que habian sufrido.

Ocupaba el trono de Polonia, como ya hemos visto, Federico Augusto II, elector de Sajonia, el cual, deseoso de rivalizar con Luis XIV, tanto en conquistas como en magnificencia, y de ocupar en la guerra á una turbulenta nobleza, so pretexto de marchar contra la Puerta, hizo ir de Sajonia nuevas tropas, y llamó á los lituanos, que estaban agitados por las sectas nacidas en tiempo de Sobieski, y reanimadas entonces entre la nobleza y los sapiehas. Este aumento de fuerzas causaba inquietud á los polacos, que varias veces intimaron á Augusto II que las licenciase, segun los *Pacta conventa*; y la envidia que se tenían los tres ejércitos lituano, polaco y sajón, estuvo próxima á estallar en lucha abierta, é impidió dar buena direccion á la empresa contra Suecia. Aunque la paz de Carlowitz asignó los territo-



rios de Kaminick y de Podolia á la Polonia, su adquisicion se debió á intrigas más bien que á las armas; y Augusto se mostraba impaciente por recobrar de la Suecia los países que le habian sido cedidos en los tratados anteriores, principalmente la Livonia, donde se habian aumentado los descontentos. Tuvo una entrevista con el czar Pedro, y ganó la confianza de éste por su carácter cortés, por la serenidad con que sostenia las apuestas de los más intrépidos bebedores, y por su fuerza, que llegaba hasta el punto de cortar de un tajo la cabeza de un buey. Ambos príncipes se unieron para obrar contra la Suecia. Pedro, que queria recobrar la entrada del Báltico, habia procurado en vano obtener de los suecos, mediante negociaciones, á Narva ú otro puerto en aquel mar. El Schleswig era un germen de enemistades entre la Suecia y la Dinamarca; aquella provincia, arrebatada á la casa de Holstein en la guerra de los Treinta años, habia sido abjudicada en parte á la de Gottorp, bajo la soberanía danesa: habiendo recibido despues Federico III de Holstein-Gottorp guarniciones imperiales, fué considerado como traidor por Cristiano IV, resultando animosidad entre las dos ramas de aquella familia.

Ensañóse aún más cuando Federico III casó una de sus hijas con Carlos X de Suecia, que por el tratado de Copenhague le hizo adquirir la soberanía del Schleswig y de la isla de Femern; de consiguiente la casa de Holstein-Gottorp se unió cada vez más á la Suecia, resultando de aquí un rompimiento declarado. Federico IV de Dinamarca rompió la primera lanza contra el Holstein, mientras que un cuerpo sajón, enviado por Augusto III, atacaba el Hannover. Previendo Carlos XII la tempestad que iba á estallar, pidió fuerzas navales á sus aliados, declarando «que no empuñaria nunca las armas si no era provocado; pero que una vez en la mano, no las abandonaria hasta ver destruido á aquel que se hubiese manifestado primero su enemigo.» Las escuadras bombardearon á Copenhague, y en seguida Carlos desembarcó, sin ser esperado, en la Zelanda; pero como proclamaba que su único objeto era proporcionar tranquilidad al duque de

Holstein, pronto se firmó la paz en Travendahl. Esta primera campaña empezó y terminó en seis semanas.

Todos alabaron la moderacion de Carlos XII; sin embargo, éste, que aspiraba á la gloria militar de Carlos X y de Gustavo Adolfo, no habia aceptado la paz sino para vengarse del rey de Polonia. En efecto, dirigióse repentinamente á la Livonia, invadida por Augusto; pero entonces el czar Pedro declaró la guerra á la Suecia para recobrar sus antiguas posesiones, y puso sitio á Narva. Acudió Carlos á la cabeza de cinco mil infantes y tres mil caballos, atacó á treinta mil rusos, mató doce mil y se apoderó de ciento cuarenta y cinco cañones, obligando al resto del ejército enemigo á rendirse. No acertaron á explicar los rusos esta derrota, sino diciendo que los suecos eran hechiceros; é hicieron rogativas á San Nicolás para que los librase de aquellos encantadores. Pero Pedro, conociendo la inferioridad de sus tropas, se dedicó á instruir las en las costumbres militares y en la disciplina. Despues de abolir el cuerpo de los strelitzes, más peligroso en la paz que útil en la guerra, sustituyó en su lugar una infantería regular á la usanza alemana; instituyó la órden de San Andrés para recompensar el mérito militar, y envió tropas al rey de Polonia con la apariencia de auxiliares, pero en realidad para que se educasen á su lado; de manera que puede decirse que la misma Polonia preparó las armas que debian destruirla. Pedro quiso pasar por todos los grados de la milicia con ascensos regulares; sólo despues de la batalla de Pultawa fué cuando sus oficiales le rogaron que ascendiese del grado de coronel al de general. Hasta confirió al anciano boyardo Romanodowski, presidente del Consejo de gobierno, el título de czar, manifestándole la consideracion debida á un señor de quien fuese súbdito.

«Aquel continuo simulacro, aquel espectáculo constante de sumision y disciplina que un déspota presentaba á su pueblo; la perseverante afectacion de no ascender en los empleos sino por grados y á fuerza de servicios, aquella escena, única en su especie, pareció extravagante y exagerada; pero era necesaria,



y apenas bastó para quitar á la orgullosa obstinacion de los nobles rusos todo pretexto de murmurar y de desobedecer. A fin de dominar su orgullo, que á duras penas soportaba el tener que ganar gradualmente con el trabajo y el mérito los empleos que creian debidos á su nacimiento, era necesario proponerse continuamente él mismo por modelo.»

Habiendo conocido también Federico de Dinamarca la imperfeccion de sus tropas, organizó una milicia nacional que ascendió á diez y ocho mil hombres. Por el contrario, los triunfos inspiraban osadía á Carlos XII, el cual, despreciando á los rusos como ineptos, estableció sus cuarteles de invierno en la Livonia, y cuando llegó la primavera ocupó la Curlandia.

Veian los polacos con descontento que Augusto los comprometiese en una guerra emprendida por él como duque de Sajonia, y que tuviesen en el país un ejército extranjero. Pidieron, pues, á Carlos los considerase como neutrales; pero sin cuidarse éste de su pretension, dejó que sus tropas se portasen con ellos como en un país enemigo. De esta manera creia acumular mayor odio contra Augusto, que era la causa de todo, mientras que no conseguia sino irritar á los polacos. Entró Carlos en Varsovia sin encontrar resistencia; alcanzó un completo triunfo cerca de Clison, con un ejército tres veces ménos numeroso que el del enemigo, y debió causar á aquel austero príncipe grande impresion hallar quinientas mujeres en la comitiva de Augusto, á las cuales despidió sanas y salvas con una escolta; tampoco habia querido ver á la hermosa Hönigsmark, que le habia enviado Augusto para negociar con él ó para reducirle. Adelantóse siempre victorioso, contestando á todas las proposiciones, que no desistiria hasta que fuese depuesto Augusto. Tal era también el deseo de una gran fraccion polaca, que con este apoyo prevaleció, reemplazando á Augusto con Estanislao Leszczinski, palatino de Posnania. El príncipe destronado, uniéndose á la Rusia, ocupó á Varsovia; pero apenas se hubo retirado á su país, cuando sus mismos partidarios cesaron de favorecerle. Habiendo sido coronado Estanislao, hizo alianza con la Suecia, confirmando la paz de Oliva; y

toda la ventaja que Carlos XII procuró sacar de aquel arreglo, fué precisarle á asociarse á él para obligar al czar á darle satisfaccion de sus agravios. Persiguió Carlos entonces á Augusto, asolando las provincias polacas con incursiones propias de un aventurero, hasta que entrando en el patrimonio de aquel príncipe, le obligó á rendir las armas.

Mientras que el rey de Suecia disponia en Sajonia á su antojo de los Estados, se vió adulado por todas las potencias; Marlborough queria que se mezclase en los asuntos de Occidente; Luis XIV le aconsejaba volviere á ocupar el distinguido puesto de Gustavo Adolfo, y su ministro Piper no cesaba de excitarle á adoptar partidos aventurados. Carlos se declaraba protector, no sólo de los protestantes de Alemania, sino de los que dependian de la casa de Austria. Aunque tenia por qué quejarse de ésta, y le hacia temer una invasion, dijo que la perdonaba con tal que devolviera á los protestantes de Silesia el derecho de ejercer su culto; y el emperador José se vió precisado á consentir en ello.

Carlos habia empeorado sus asuntos, deteniéndose en combatir á un enemigo que imploraba ya la paz, en lugar de atacar al moscovita, aturdido aún con la derrota de Narva. Pedro, viendo á su rival internarse en la Polonia, reunió tropas, y la victoria le favoreció en Livonia, donde encontró, entre los prisioneros, á Catalina, con quien despues se casó, y conquistó á Motenburg á orillas del Neva, y despues á Kantzi, lo cual le proporcionó un puerto en el Báltico. Embarcóse allí, haciendo á bordo el servicio de bombero, y se apoderó de dos barcos suecos, primer triunfo naval de su patria, que fué celebrado como merecia. De esta manera, mientras Carlos, obedeciendo más á la pasion que al interés, perdía por la ambicion de crear un rey, el fruto de su victoria, Pedro, cuyo genio no conocia, entraba en la Ingria con la resolucion de no salir de ella, y comprendiendo la grande importancia del Neva, se establecia en sus orillas. Como Kantzi no le parecia bastante bien situada, fundó á Petersburgo en una isla de aquel río, y la eligió para su capital, juzgándola más conveniente para



guerrear contra la Suecia y atraer colonos de Ultramar, además de ofrecerle más facilidad en las comunicaciones con Europa.

Hizo y aseguró también otras conquistas. Sostuvo en todo su vigor á las facciones rivales en la Polonia, donde sin obstáculos saqueaban los castillos, para enriquecer á su naciente capital; hasta que Carlos, que habia perdido un tiempo precioso, marchó al fin en persona contra los rusos, y habiéndolos bloqueado cerca de Grodno, los redujo á los mayores apuros. Entre tanto duraban las negociaciones para la paz, que se concluyó en Alt-Ranstadt, renunciando Augusto II al reino de Polonia, y siendo reconocido Estanislao; se rompió toda alianza contra Suecia y Polonia, y principalmente con la Mossovia, y se restituyeron los prisioneros. Entre ellos estaba el livonio Pantkul, que habia sido condenado á muerte por haber sostenido con demasiado calor á la nobleza de su país. Habiendo conseguido fugarse, publicó contra la Suecia escritos violentos, y se encontraba entonces en la corte de Sajonia como embajador del czar. Sin embargo, fué preso y entregado á Carlos, que le hizo descuartizar sin juicio prévio, como súbdito rebelde y condenado ya. Cobardía de un rey y ferocidad de otro.

Muchos polacos, declarando nula la renuncia de Augusto, se unieron al czar, que prometió no reconocer á ningun rey si no era elegido por la nacion. Volvió Carlos apresuradamente de Sajonia, y reuniendo fuerzas entró en Polonia con cuarenta y cuatro mil hombres aguerridos y valientes; y el czar, no juzgando á propósito presentar la batalla, evacuó el país.

Habiendo pasado Carlos el Vístula por encima del hielo, le persiguió de cerca, pasó el Beresina, y secundado por los muchos descontentos que habian producido las innovaciones de Pedro, pensaba entrar en Moscou y destruirle; pero de repente se detuvo en Mohilef, y prestando oídos á consejos imprudentes ó desleales, se dirigió hácia la Ukrania.

Aquel Kmielnicki, hetman de los tártaros de la Ukrania, que habia asolado la Polonia en tiempo del rey Casimiro V, se sometió con el país á los moscovitas, cuando fué vencido;

pero arrepintiéndose pronto, recomendó al morir á Juan Wigohiski, tutor de su hijo Jorge, que libertase á la nacion del yugo moscovita, para reunirla á la Polonia. Sin embargo, no hallándose ya esta potencia en estado de sostenerlos, dejó que la Rusia se asegurase en la posesion del país y aumentase el número de los descontentos, por no querer respetar sus privilegios. Ejercia entonces el cargo de hetman Juan Mazeppa, audaz y disimulado ambicioso, que habiendo adquirido el favor del czar, le sirvió útilmente contra Carlos. Estando acampado al frente de los cosacos en la Polonia Meridional, entró en relacion con los jesuitas y con el rey Estanislao, y concibió la idea de hacerse independiente. Pintó á los suyos las innovaciones de Pedro con negros colores, y los animó á rebelarse, siguiendo el ejemplo de los cosacos del Don, que se habian sustraído del yugo moscovita. Despues de haberse fortificado, manifestó á Carlos que tan pronto como se aproximase se reuniria á él, por lo cual este príncipe, con la esperanza de adquirir tan poderoso aliado, se dirigió hácia aquella banda, sin aguardar las tropas y los convoyes que se llevaba Lövenhaupt. Alegre Pedro con aquella falta, marchó contra Lövenhaupt; y habiéndole derrotado en Liesna, cogió el convoy destinado á Carlos, al cual, Lövenhaupt, á favor de una retirada justamente aplaudida, no pudo conducir más que cinco mil hombres; esta fué la primera victoria conseguida por los rusos contra tropas disciplinadas.

Unióse Mazeppa á Carlos; pero Baturin, su residencia, fué ganada y reducida á cenizas, nombrándose otro hetman, mientras que Carlos, al traves de los desiertos, tuvo que fijar sus cuarteles de invierno entre cosacos, expuesto al frio, al hambre y á continuos ataques. Haciendo la guerra meramente por aficion á ella, Carlos caminaba sin saber adónde. Cuando estuvo en Smolensko, habia preguntado al jefe de su estado mayor lo que tenia que hacer; encontrándose á la sazón cerca de Kolomak, le dijo: *Preguntad por el camino del Asia*; y como le respondiese que se hallaba en otra direccion, replicó: «Sin embargo, Mazeppa me ha asegura-



do que estaba próximo; debemos de todos modos poder decir que hemos llegado á ella.» Y en vez de marchar hácia el Dnieper, para mantenerse en comunicacion con la Polonia, como se lo aconsejaban Piper y sus mejores oficiales, se detuvo en Pultava. Los cosacos zaporogos, que se habian declarado en su favor, se ofrecieron á tomar aquella plaza por asalto; aguardaba tambien allí el ejército del khan de Crimea, á quien la Puerta, que comenzaba á temer al czar y deseaba tenerle ocupado, habia mandado se uniera con el rey de Suecia.

Cárlos emprendió, pues, el sitio sin contar con ninguno de los instrumentos necesarios, gastando en él dos meses, mientras que los rusos asolaron todos los alrededores. Doce mil cosacos y otros tantos suecos, restos de los cuarenta y tres mil hombres que habian salido de Sajonia, y de los diez y seis mil que habia llevado Lovenhaupt, era todo lo que le quedaba á Cárlos, y este príncipe temerario los aventuró sin municiones contra ochenta mil rusos, provistos de una formidable artillería. Nueve mil suecos fueron muertos, otros muchos quedaron prisioneros; y herido Cárlos, huyó en un carruage con Mazeppa: temiendo haber sido vendido por el kan, no se atrevió á refugiarse en Crimea, y volvió á pasar el Dnieper. Habia dejado al otro lado del rio los restos del ejército, bajo el mando de Lovenhaupt, con órden de retirarse á Crimea; pero desprovisto el general de todo, tuvo que rendirse con las tropas.

Conoció Pedro que aquella victoria era decisiva para su imperio; y escribió: «Con la ayuda de Dios, la piedra fundamental de Petersburgo se encuentra completamente consolidada.» Podia decirse, por el contrario, que estaba destruida la gloria de la Suecia. Cárlos, sin ejército, sin dinero y sin amigos, habiéndolo confiado todo á la fortuna, no poseia más que su valor y una tremenda obstinacion, con la cual corrió durante cinco años novelescas aventuras para excitar á los turcos á tomar las armas. Con quinientos jinetes y Mazeppa llegó á Otchakof, al través de áridos desiertos; pasó de allí á Bender, en Moldavia, donde los turcos le acogieron hospitalariamente, como ordena el Corán; pero una vez curado de sus he-

ridas, no pudo salir del país, en atencion á que los europeos vigilaban todos los caminos, con objeto de impedir la vuelta del perturbador de la paz.

La desgracia despertó simpatías en su favor; pero nosotros no debemos considerar en aquel rey más que á un aventurero, á un hombre obstinado, que entregado enteramente á su pasion, no se paraba en derramar la sangre y consumir la ruina de su país, con tal de satisfacer un capricho. No tuvo ambicion, porque, ¿qué gran proyecto formó excepto el de vengarse de los príncipes que le habian ofendido? No manifestó crueldad sino con algunos suecos que habian dirigido las armas contra él. No amaba los placeres, las mujeres, la córte, el lujo, ni siquiera el aseo. Era exacto observador de la justicia, piadoso hasta el exceso, sencillo y franco, apreciador del mérito sin consideracion al nacimiento, conciso en su modo de hablar; reunia á una gran memoria conocimientos muy variados, y su ejército le adoraba por sus costumbres militares, que le hacian tomar parte en las fatigas, en los juegos y en los peligros del soldado. Cuando se vió apartado de las faenas útiles, se entregó desesperado á otras inútiles, cansando tres caballos al dia, haciendo maniobrar á los soldados, y ejecutando largas marchas.

La Puerta le proporcionaba viveres y 500 escudos diarios. La Francia le envió dinero, parte del cual empleaba en los gastos que reclamaba su categoría y en regalos para conservar á los amigos, y parte mandaba á Constantinopla con objeto de adquirir allí partidarios; pues la desgracia habia triunfado en él de los escrúpulos religiosos, que le habian alejado hasta entontes de una alianza con los infieles.

Estanislao Poniatowski servia en aquella ciudad sus intereses, tratando de indisponer á Acmet III con Pedro. Tenia en su favor á la sultana Validé, que le llamaba *mi leon*. El pueblo, mara villado con tantas hazañas y con las victorias que *Cabeza de hierro* habia conseguido contra *Barba blanca*, se hallaba dispuesto á socorrerle. El gran visir Kiurli-Alí dijo á Poniatowski: «Cogeré á vuestro rey de una mano,

y empuñando con la otra la espada, le llevaré á Moscou al frente de doscientos mil hombres.»

Era, pues, el de Cárlos un destierro más activo y lleno de esperanza que el de Napoleon. Pero Pedro no se dormia: sabia gastar á tiempo el dinero, y consiguió consolidar con la Turquía la paz de Carlowitz. Añadióse al tratado, que Cárlos podia atravesar la Rusia con cien suecos y doscientos turcos hasta los confines de la Livonia; pero el rey de Suecia, se negó á ello; y sus esperanzas se reanimaron cuando el nuevo gran visir Bartagi-Mehemet declaró la guerra al czar. Entonces Pedro encerrado entre el Pruth y el Danubio con treinta mil hombres, sin viveres y desalentados. Al recibir esta noticia, voló Cárlos, deseoso de teñir aún su espada en la sangre rusa; anduvo cincuenta leguas á caballo, atravesó el Pruth á nado y el campamento turco con la rapidez del rayo; pero, ¿cuán grande fué su despecho cuando supo, al llegar, que acababa de arreglarse un armisticio, y que se habia perdido la ocasion de exterminar á los rusos! Dirigió violentas recriminaciones al gran visir, que lo oyó con la impasibilidad musulmana, y le contestó con buen modo. Despues de haberle Cárlos destrozado brutalmente el caftan con las espuelas, tuvo que volver á Bender, mientras que el czar, bien distante de la obstinacion caballeresca del rey de Suecia, se resignó á aceptar las condiciones de un enemigo que podia perderle, reservándose indemnizarse en mejor ocasion.

La Turquía, para quien semejante huésped era ya incómodo, estipuló siempre con la Rusia su libre marcha; pero Cárlos no quiso irse al invitársele á ello; y cuando se le intimó decididamente, persistió en su negativa, fuese por temor de ser vendido, ó por efecto de su natural terquedad. En su consecuencia, el muftí declaró, que sin violar la hospitalidad, se podia despedirle por fuerza. Los sueldos que se pagaban, tanto á él como á sus cosacos y válicos, fueron suspendidos; y habiéndole abandonado éstos, se quedó solo con trescientos soldados. Pronto llegaron á faltarle los viveres y forrajes; además, los tártaros atacaban su campamento, lo que le obligó á fortificarse, traba-

jando él mismo como el último soldado y en union de sus ministros. En vano se esforzaron los embajadores de Inglaterra y Prusia, en decidirle á marchar; la Puerta tuvo paciencia, pagó sus deudas y le proporcionó otra vez dinero; pero cansada al cabo, dispuso matarlos á todos. Cárlos se obstinó en permanecer, y con sus trescientos hombres desafió el poder otomano. Atacado por los turcos y los tártaros, resistió, prometiendo y dando títulos y grados á sus valientes. Los genizaros, que admiraban á Cárlos sus liberalidades, creyeron en su aserto, de que la órden de la Puerta era falsa, y se negaron á pelear. Sesenta de los más ancianos trataron de convencerle de la necesidad de marchar, y se negó á recibirlos. Embistiéronle, pues, forzaron la trinchera é hicieron prisioneros á los suecos; pero el rey se retiró á una casa con tres oficiales y cuarenta criados, resuelto, decia riéndose, á defenderse *pro aris et focis*. Determinados los turcos á concluir, incendiaron el edificio, y el rey, á quien sofocaba el humo, ejecutó una salida repentina para guarecerse en otro; pero se apoderaron de su persona. El respeto que le manifestó el bajá vencedor contrastaba con la altanería del prisionero, que fué conducido honrosamente á Adrinópolis.

Entre tanto la Suecia corria precipitadamente á su ruina. En 1709 se calculaba que la guerra habia costado ya cuatrocientos mil hombres. Todas las contribuciones se habian duplicado; era preciso emplear la fuerza para reclutar marineros; la clase media se veia precisada á dar su vajilla de plata en forma de préstamo, y todas las potencias del Norte eran hostiles á la nacion. Cárlos protestaba desde su prision contra todo tratado, y mandaba órdenes que no podian cumplirse siempre. Exigia de todos aquellos sacrificios que su obstinacion le hacia parecer soportables; y contestaba á las humildes manifestaciones de su senado: *Enviaré á Estocolmo una de mis botas para que gobierne*. La pobre Suecia se veia, sin embargo, amenazada de la guerra por todas partes. Habiendo abdicado Leszcynki en una dieta de pacificacion, tan tumultuosa que corrió en ella la sangre, fué invitado Augusto II por los polacos